

que cambiaron la civilización, la raza y las costumbres del imperio mas poderoso del mundo.

La Virgen de Guadalupe se estampó en una tela hecha de las fibras de las plantas indígenas, fabricada por la industria propia de los hijos del país; su traje es una túnica de lana que le baja del cuello á los pies, y un manto que le cubre la cabeza, traje de las nobles y de las ricas doncellas aztecas; su color, moreno; su cabello, negro y lacio; su fisonomía, amable, cándida y humilde: se apareció á un indio y en el lugar célebre entre los los indios; todo, en una palabra, era nacional, era característico del país que acababa de ser conquistado. La Virgen se llamó la Virgen *criolla*, y la pobre raza que acababa de ser vencida y humillada, que veía sus campos y sementeras talados, sus casas presas del incendio, y la sangre de sus deudos todavía humeando en los campos y corriendo mezclada con la linfa pura de los arroyos, se encontró repentinamente con un Sér divino y sobrenatural á quien clamar y pedir amparo de la crueldad é injusticia de los hombres. Después del fuego y del acero, debía naturalmente venir la conquista dulce y pacífica de la religión.

El 16 de Setiembre de 1810 el viejo cura de Dolores proclamó la independencia; y prescindiendo de su arrojo, que fué grande, y de su energía, que fué mucha y admirable en la avanzada edad que contaba; el talento que manifestó en los primeros momentos es digno de llamar la atención del que busque en los pequeños sucesos el principio de grandes cosas.

Inmediatamente hizo un estandarte, donde estaba estampada la Virgen de Guadalupe: lo tremoló en los aires, salió de su pueblo, y á pocos meses estaba reunida al derredor de ese lábaro triunfal, la masa mayor de hombres de que hay memoria en los anales modernos de este país. Así milagrosamente, ante una tela de maguay en que estaba estampada la Virgen, se reúnen millares de hombres que abandonan el culto de los ídolos, y se convierten á la religión de Jesucristo; y ante una bandera blanca con la copia de una imagen, acude y se atumulta una multitud que pelea, muere, vence, pierde, huye, vuelve á guerrear, y por último, no descansa sino cuando ha conquistado su independencia y su libertad civil. Hé aquí dos grandes hechos históricos, que son tambien la historia de esos áridos é ingratos cerros de Tepeyac.

Al derredor del templo se fueron erigiendo algunos *jacales*, luego casas pequeñas, y despues mas grandes, hasta formarse una población pequeña, pero bastante regular en su órden y construcción. Entónces ya se le dió el título de Villa de Guadalupe. Después de la independencia se elevó

al rango de Ciudad de *Guadalupe Hidalgo*, nombre que recuerda la doble historia civil y religiosa de que acabamos de dar idea en el párrafo anterior.

En Octubre de 1821 el emperador Iturbide instituyó la Orden Mexicana de Guadalupe, que se estinguió con la muerte del caudillo de la independencia y con la nueva forma de gobierno. Esta Orden volvió á restablecerse por el general Santa-Anna el 19 de Diciembre de 1853.

Guadalupe tiene otro recuerdo importante, y es la celebración del tratado de paz con los Estados-Unidos del Norte, que se concluyó en 2 de Febrero de 1848, siendo plenipotenciarios, por parte de México, el Lic. D. Bernardo Couto, el Lic. D. Miguel Atristain, y D. Luis G. Cuevas; y por parte de los Estados-Unidos, D. Nicolas P. Trist.

La ciudad de Guadalupe Hidalgo mejora, aunque muy lentamente. La calzada de piedra se ha recompuesto perfectamente en el año de 1855, y se han edificado algunas casas de estilo moderno: el templo, si no tiene tanta plata como en otros tiempos, posee en cambio un altar mayor de mármol, una crujía de plata, y todas las columnas, bóvedas y paredes de estuco blanco y oro; se puede asegurar que es una de las catedrales mas hermosas de la República. Las rentas consisten en una lotería con un fondo de 13.000 pesos, que se celebra dos veces al mes, y en los capitales que reconoce el gobierno importantes, y cuyos réditos, mil pesos, no siempre se satisfacen con puntualidad. Con esto y con las limosnas de los fieles, subsisten pobremente el abad y los canónigos, y atienden al culto con un esplendor que honra á los virtuosos eclesiásticos á quienes está encomendado el templo de la Patrona de México.

El día 12 de cada mes concurre mucha gente principal de México á oír misa y rezar; pero el día 12 de Diciembre, el jefe del gobierno y las autoridades todas de México, concurren de grande uniforme y en solemne procesion á la catedral de Guadalupe, donde se celebra una funcion religiosa, con tanto lujo y esplendor como pudiera en la misma capital de la cristiandad. El año de 1854 el presidente de la República colocó personalmente en el altar mayor de la iglesia de las Capuchinas, el estandarte del Cura de Dolores.

Ademas de la funcion del día 12, los indios tienen una festividad, y concurren millares de pueblos, mexicanos y otomites, vestidos con sus trajes de lana, y bailando *mitotes* como en los tiempos antiguos. Desgraciadamente esta solemnidad religiosa es un pretexto para que se entreguen á la embriaguez y á los mas repugnantes desórdenes.

M. PAYNO.

EL PASEO DE LAS CADENAS

EN UNA NOCHE DE LUNA.

Nada hay tan hermoso, nada tan apacible como una de esas noches serenas en que la luna derrama su luz melancólica; cuando el firmamento se ostenta límpido como un espejo, y el zéfiro plega sus alas temeroso de turbar el silencio! El alma parece que se desata de los lazos que la sujetan á la tierra y vuela al cielo como el perfume que se evapora de las flores.

¡Una noche de luna! Hay algo de misterioso y de poético en esa luz plateada, sin calor, sin brillo, que baña la tierra en medio del silencio y de la paz nocturna, como la mirada de una madre que vela el sueño de sus hijos!

¡Una noche de luna! Es la hora en que despiertan las imaginaciones poéticas; en que las flores mas delicadas abren sus cálices; en que los amantes se reúnen para confundir sus castos suspiros; en que gime la tórtola enamorada; en que la solitaria vírgen entreabre sus labios para aspirar el aura; en que las almas de los que nos amaron vienen tal vez á acariciar nuestra frente con el soplo que pasa!

¡Una noche de luna! Hora de calma en que el corazón que sufre siente poco á poco adormecerse sus dolores; hora de silencio, en que á medida que se desvanecen los rumores del mundo, se dejan escuchar las voces del alma. ¡Hora de paz, de amor, de consuelo!

¡Oh! ¿cómo quereis que os pinte ese espectáculo indefinible! . . . Si amais, si sufrís, si experimentais ese horrible vacío de un corazón que no encuentra el bien que espera, huid de este mundo, que no tiene mas que alegría estrepitosa y brutal, é id á llorar en el seno de la soledad. Si esa luna baña con su luz nuestra frente, entónces comprenderéis todo su encanto.

Los paseos á la luz de la luna, tienen cierto aspecto original y melancólico. En México el único concurrido á esas horas es el de las Cadenas.

En torno del átrio de nuestra magnífica Catedral, cuyas torres veis ahí levantarse erguidas y magestuosas, al pié de las cadenas que lo cierran en medio de un ancho y elegante embaldosado, hace algunos años se plantearon de trecho en trecho fresnos que han crecido y hoy ofrecen una sombra hermosa y apacible.

Al pié de estos árboles tienen costumbre nuestras hermosas paisanas, de ir á pasear en las noches de luna, que son bellísimas bajo nuestro cielo. Este es el paseo de la clase media, que participa del lujo de la superior, pero no tiene todos sus hábitos.

FLORENCIO M. DEL CASTILLO.

INTERIOR DE LA ALAMEDA.

La Alameda de México es uno de esos puntos frondosos y pintorescos que inundan de placer el corazón de todo aquel que por primera vez penetra en las espaciosas calles de altos y copados árboles, cuyas sonantes ramas se enlazan formando una verde bóveda que impide que los ardientes rayos del sol alteren la grata frescura que reina por todas partes.

Cúpole la gloria de formar este delicioso paseo, al virey D. Luis Velasco, el año de 1593; pero su estension era casi la mitad de la que al presente cuenta, pues solo llegaba hasta la línea que forman la puerta que mira á Corpus-Cristi, la fuente principal y la entrada que está frente á San Juan de Dios, quedando desde este punto, en que terminaba la Alameda, hasta San Diego, una sucia plazuela llamada el Quemadero, por estar destinada á este uso.

Dado el primer paso, siguiéronse haciendo continuamente algunas mejoras, siendo notables las que recibió en 1791, en que habiendo llegado á México uno de los vireyes á quienes mas debe esta populosa ciudad, el inmortal y sabio gobernante conde de Revillagigedo, tuvo singular empeño en hacer de este paseo uno de los puntos mas interesantes; y para hacer desaparecer la repugnante plazuela del Quemadero, que formaba singular contraste con la frondosidad de la Alameda, hizo que esta se extendiera hasta el lugar que hoy ocupa, rodeándola de un pintoresco enrejado de madera pintado de verde, sostenido por 254 pilastras de cinco varas de alto y una en cuadro; y con el objeto de que las principales familias concurrieran á un lugar destinado al recreo y al placer, prohibió la entrada á él á todo el que no fuese calzado y vestido con alguna decencia.

Hecha la independencia, se construyó el ancho foso ó zanja que hoy circunda á este magnífico paseo por la parte exterior: se colocaron las elegantes y elevadas puertas de hierro que cerraban antes de la independencia el magnífico recinto que hermoseaba la espaciosa plaza de armas, en que estaba colocada la admirable estatua de Carlos IV: se enlosó el centro de las calles con las anchas losas que embellecían el espresado recinto, y se construyeron los sólidos y vistosos asientos de las lunetas y glorietas, con el labrado balastrado de cantería que les sirve de respaldo.

Ademas de estas notables mejoras que tanto realce dan á la pintoresca Alameda, se han hecho dos hermosas fuentes, una en la luneta que mira al convento de San Diego, y la otra al Mirador, que el año de 1846, con motivo de la entrada del general Santa-Anna, se llenó de sangre para obsequiar al pueblo.

El delicioso paseo que nos ocupa, y que es de figura cuadrilonga, tiene 540 varas de largo, y 260 de ancho, y en sus cuatro lados ostenta larguísimos y sólidos asientos de piedra, á quienes sirve de respaldo una pared que lo cerca por todas partes. Entre estos asientos, que están sombreados por copados árboles colocados frente á ellos á distancia de vara y media, y entre otros álamos que se encuentran á diez varas de distancia de los segundos, formando con estos una paralela, están las cuatro calles destinadas al paso de los carruages y de la gente que concurre á caballo.

Las otras calles que, en número de treinta, embellecen la deliciosa Alameda, tienen cada una siete varas de ancho, y están cercadas todas ellas por una y otra parte, de espaciosos jardines con balastradas de madera pintadas de azul, y de frondosos árboles, siendo el número de estos en toda la Alameda 2.054, y el de jardines 24.

Colocadas simétricamente y en distintos puntos del paseo, se descubren

siete fuentes de esquisito gusto, inclusa la que se ostenta en el centro de la Alameda, que es precisamente la que representa la litografía que acompaña á este artículo, y de la cual trataremos mas adelante con alguna minuciosidad. Cada una de estas siete fuentes está colocada en una espaciosa glorieta, primorosamente enlosada, y rodeada de cuatro elegantes bancas de piedra sombreadas por espesos y elevados árboles, que impiden que los ardientes rayos del sol hieran á las personas que se sientan á gozar del fresco ambiente que en las hermosas mañanas y tardes de la Primavera se disfruta en tan ameno cuanto pintoresco sitio.

Estas elegantes y sólidas bancas, cuyo número total asciende á 46, y que están colocadas en los principales puntos de la Alameda, ademas de la gran comodidad que prestan, sirven para realizar mas y mas los encantos de tan delicioso paseo.

De la glorieta en que se encuentra la fuente principal, parten, formando estrella, ocho calles, que conducen, una á la puerta que da á Corpus-Cristi; otra á la que se halla frente á San Juan de Dios; dos á las puertas que miran á San Diego una, y la otra al Mirador, atravesando por dos glorietas en que no hay fuentes y que se comunican con cuatro calles cada una; y las restantes que conducen á las puertas principales de la Mariscalá, Puente de San Francisco, Portillo de San Diego, y la Acordada, las cuales atraviesan por las cuatro fuentes con sus respectivas glorietas, cada una de las que forman una estrella de seis espaciosas calles.

La lindísima glorieta en que está colocada la hermosa fuente principal, está cuidadosamente enlosada, cercada de largos y sólidos asientos de piedra, defendidos por elevados y copados fresnos, y de preciosos jardines cubiertos algunos de delicadas flores: la circunferencia de tan admirable glorieta es de 116 varas, y la taza principal de la fuente; que está llena de preciosos juegos hidráulicos y de sorprendentes surtidores, pasa de 58 varas.

La fuente, propiamente dicha, es de fierro colado, de sumo gusto, á cuyo pié se ven cuatro tritones tocando el terrible caracol á cuyo sonido obedecen las aguas: sobre la cabeza de estos fabulosos tritones, mitad hombres y mitad pescados, se deja ver otra elegante taza que recibe el trasparente líquido que vierte una hermosa estatua hecha de fierro colado, desnuda hasta medio cuerpo, en cuya cabeza se ostenta un gran racimo de uvas que le bajan hasta la cintura, y que representa á una de las Baccantes de la Mitología.

En esta pintoresca glorieta, cuya belleza no es dable encarecer debidamente, es en donde se suelen celebrar las fiestas nacionales del día 16 de Setiembre, aniversario del grito de independencia dado en Dolores por el cura Hidalgo; del 27, que recuerda la entrada del ejército trigarante mandado por Iturbide; y del día 28, destinado á celebrar las honras de las víctimas de la patria. En este mismo lugar, lleno de encantos y que convida al hombre á gozar de las horas destinadas al recreo y á la meditación, celebraron los ciudadanos franceses, ingleses y sardos, residentes en México, en 1855, el triunfo de las armas francesas sobre los rusos que defendían Sebastopol.

La hermosa Alameda de México, cuya descripción acabamos de hacer, es, no obstante la belleza espresada, susceptible de mejoras muy grandes, que la colocarian al nivel de los mas afamados paseos de Europa.

NICETO DE ZAMACOIS.